

Intervención del Presidente de la República durante Ceremonia Recepción de Llaves de la ciudad de Montevideo

DISCURSO DE S.E. EL PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA DE CHILE, RICARDO LAGOS, AL RECIBIR LAS LLAVES DE LA CIUDAD DE MONTEVIDEO

MONTEVIDEO, 2 de noviembre de 2000

Estimados amigos y amigas, algunos que están aquí y que nos conocemos de hace muchos años:

Para mí es un tremendo agrado y un gran honor recibir las llaves de esta ciudad tan cercana y tan fraterna. Me honra la amistad de muchos ilustres montevidianos. He venido aquí en distintos momentos y oportunidades de mi vida, he paseado por estas calles, me he reunido con gente a la que amo profundamente. Hemos compartido más de un café, sueños y utopías. Esta es la primera oportunidad que vengo como Presidente de Chile. Agradezco el honor que ustedes me han hecho.

Y es que la amistad entre chilenos y uruguayos es una tradición regional. No tenemos frontera común, pero sí un talante similar: dos países en cierto sentido insulares, relativamente pequeños, de ancha tradición republicana; países de poetas y de escritores, donde la palabra, el verbo tiene otro valor.

Como ustedes lo han recordado, sufrimos también, y casi en las mismas épocas, el momento de la libertad que se nos escurrió entre las manos. Todavía quedan huellas en procesos pendientes, heridas que no cierran, dificultades que aún tenemos en el camino de la reconciliación. Los demócratas uruguayos y chilenos nos encontramos y participamos juntos por recuperar la democracia, alentados por los versos de ese poeta vuestro que cantábamos en ambos países: y en la calle, codo a codo, somos mucho más que dos.

Aquí, entre nosotros, están muchos de los que hicieron del espíritu solidario y libertario un aporte fundamental para recuperar las libertades. Son muchos los que en un momento, vivieron momentos difíciles. Sin embargo, fuimos capaces de recuperar la democracia y hoy estamos para mirar la agenda de futuro.

Retornamos a Montevideo, a la ciudad que hoy nos acoge. Y permítanme citar a Mariano Arana, cuando dice que: la ciudad es permanencia y es cambio, memoria y transformación, testimonio y a la vez profecía. En países como los nuestros, de historia reciente, a ratos con pocas culturas originarias que dejen huellas arquitectónicas, como otros, nuestras ciudades son en buena medida la cifra de nuestra historia y de nuestra identidad, tanto como los espacios rurales que configuran la otra dimensión de nuestras naciones. Esa es la importancia del concepto que Mariano Arana ha querido poner en práctica en Montevideo, porque sólo sobre la base de la historia completa, asumida de nuestras grandezas y de nuestras miserias, es posible construir una identidad fuerte, segura y capaz de mirar a los otros.

El rescate del patrimonio arquitectónico, tanto como la planificación urbana de una ciudad a la medida de sus habitantes, el cuidado por el pasado tanto como hacer de nuestras ciudades espacios públicos amables, son dos hilos de la misma madeja, de una mirada integral que entiende la ciudad como un espacio armónico que debe expresar

participación, integración y proyección de futuro.

Pero, es cierto, esto tiene lugar en medio de un momento de cambios acelerados. La globalización no es un fenómeno económico, no es sólo un problema de comprar y vender en los mercados del mundo. Tampoco es solamente la mayor exposición a otras culturas. Es un cambio en la manera de vivir, de comunicarnos, de acceder a las informaciones. Es concebir el mundo como una red. Pero en los cruces de los hilos hay países, hay ciudades, hay identidades nacionales y locales que se enriquecen con esta mayor disponibilidad de servicios, de informaciones, pero que también requieren mirar hacia sí mismas y hacia su capacidad de contribuir con un punto de vista a este intercambio infinito.

No queremos un mundo donde la división de los que tienen mucho y los que tienen poco, dé lugar a un mundo que tiene una tremenda fractura digital entre los que acceden y los que no acceden a esta red del conocimiento y la cultura.

Amigas y amigos:

Ustedes al recibirme han hecho referencias a la historia reciente. Conocí Montevideo el año 59. Llegué aquí en lo que era en aquellos tiempos unos cursos de verano de la Universidad de la República, la Universidad de Chile y la Universidad de Buenos Aires. Llegué al Montevideo que era la capital, por qué no decirlo, de la intelectualidad y la cultura de buena parte de América. Al Montevideo de la revista Marcha, al Montevideo del Teatro el Sodre, al Montevideo que era capaz de abrirse a través de una democracia tan sólida y consolidada.

Y llegué aquí como un joven que venía de Chile, pero al igual que tantos, con la convicción de certezas tremendamente acendradas. Esas certezas tan acendradas eran las que nos permitían mirar con optimismo la construcción del futuro.

Llego hoy tal vez con menos certezas que ayer, pero con la convicción que aquí en esta ciudad podemos encontrar la recreación de una forma de mirar y concebir un espacio para la cultura, para la intelectualidad, para la poesía y la belleza, pero también para entender que al concluir el siglo XX estamos concluyendo un siglo donde buena parte de las certezas quedaron porque también muchas de esas certezas condujeron a enfrentamientos que hoy queremos superar. Y donde hoy tal vez se requiere de mucha imaginación, inteligencia y creatividad para entender que los propósitos y objetivos de construir una sociedad mejor, requieren una respuesta que tiene que nacer de la imaginación profunda de nuestros pueblos.

Es cierto, llegó aquí como Presidente de todos los chilenos, en donde luchamos y nos esforzamos por construir una sociedad mejor, con respeto a todos y cada uno de nuestros 15 millones, pero entendiendo que, en definitiva, en este mundo global sólo las naciones que tienen una profunda homogeneidad social, política y cultural son las que en definitiva van a abrirse un espacio en el mundo de hoy.

Creo, en consecuencia, que como gobernantes tenemos, y como dirigentes políticos, una tremenda responsabilidad. Cómo somos fieles a las ideas y propósitos de aquellos que hoy no están con nosotros, que lucharon por hacer compatible la libertad con grados crecientes de igualdad, en un mundo en donde el planeta se ha achicado, en donde el

comercio es el verbo y la palabra, en donde el respeto a los derechos humanos los queremos como aquellos que deben ser respetados en todas partes y donde hemos aprendido que en esta materia no hay fronteras, donde quiera que haya un hombre que sufre y sus derechos no se respetan, tiene derecho otro hombre a levantarse para exigir el respeto de los mismos.

Aprendimos que nuestras sociedades, al ser parte de este planeta, van dejando parte de lo que es su jurisdicción nacional, en función de lo que son los respetos mayoritarios del hombre. Pero también hemos aprendido la necesidad de comprender que ahora de nosotros depende, en este siglo XXI, en un mundo global, complejo y difícil, ser capaces de hacer realidad aquellos por los cuales hace 200 años nuestros padres de la Patria abrieron un espacio y nuestros hombres en estos años fueron capaces de entender distintos caminos.

Ustedes han citado a Frei y Allende, y yo podría citar a otros que a lo largo de nuestro siglo XX buscaron abrir espacios para tener una sociedad mejor. El gran desafío es cómo aquí, desde las ciudades, de la polis misma, somos capaces de enhebrar una forma de comprender el mundo en que vivimos y luchar por abrir espacio a aquellas ideas que son las que nos convocan y nos mueven a la vida pública.

Una última reflexión quiero compartir con ustedes. Si estamos en la actividad pública es porque creemos que nuestras sociedades pueden plasmarse para ser mejores, a partir de las políticas que queremos impulsar.

Aquí no estamos los que creemos que la sociedad es una reproducción a imagen y semejanza del mercado. El mercado asigna recursos y funciona bien en la economía. En el ámbito de la sociedad, son las políticas públicas las que permiten restablecer los equilibrios indispensables para tener una sociedad mejor, un espacio a la cultura, a la imaginación, a la creatividad y a la inteligencia. En definitiva, son esas políticas las que explican por qué este pequeño país, que nació entre dos grandes, ha sido capaz de erigirse como la gran capital de la cultura y del futuro que queremos construir.

Por eso aquí, en esta ciudad, yo digo, sí, ustedes en Montevideo tienen razón a aspirar a ser la capital de nuestra integración. Ustedes saben que Chile está al lado de ustedes en el propósito de definir cómo hacer de Montevideo la capital desde la cual pensemos en el siglo XXI las tareas que tenemos por delante.

La sede histórica de la Asociación de Libre Comercio es un paso. Demos ahora los pasos que corresponden en este siglo XXI. Tengan ustedes la seguridad que estas llaves que me han entregado las conservaré como expresión de cariño de una ciudad y como, de nuestra parte, el compromiso por hacer de Montevideo esa gran capital de la cultura de América Latina. Muchas gracias.